



Universidad Michoacana

Boletín Mensual

Número 34

Febrero de 1960



378.7235

U 58

1960

no. 34

ALFONSO REYES.



Un Mexicano

EJEMPLAR

Por J. Jesús Puente R.

ALFONSO Reyes ocupa un sitio de honor entre los forjadores de nuestro idioma; su palabra elocuente y precisa, ágil y penetrante, es de una exquisita calidad, que pone de manifiesto la ternura y delicadeza de su espíritu; con toda razón se ha dicho que es un caso excepcional en las letras, debido a la indiscutible originalidad y a la evidente belleza de su acento, así como a la diáfana estructura de su universalismo.

Maestro talentoso y ecuánime, siempre atendió solícito a sus discípulos. Jamás simpatizó con los engreídos; le causaba disgusto la petulancia de los vanidosos, al grado de que a veces lo hacían perder su habitual serenidad. No obstante, nunca prescindió de su trato jovial, conservando el imperio de su agudeza.

Se ha afirmado que Alfonso Reyes carecía de la prestancia necesaria para acreditarse como escritor mexicano, el hecho de que se hubiera ocupado con especial interés de los griegos, de Góngora, de Goethe, de Mallarmé, de Unamuno, constituía para sus detractores un imperdonable error. El extraordinario ensayista, que desde un principio abrió su entendimiento a todas las corrientes literarias, científicas y filosóficas, contribuyó al desarrollo del espíritu creador de los hijos de nuestra patria, tratando de sobrepo-

nerlo al azar, al fatalismo y al desaliento seculares; demostró que para que un país escale las altas cumbres de la civilización, los representantes más caracterizados de su cultura deben lograr proyecciones universales. "Mexicanos —decía con vehemencia—, el mundo es nuestro, y ninguna posibilidad, por audaz que parezca, nos ha sido velada. ¡A nosotros nos toca fortalecernos con todas las sabias del árbol común!"

Y cierta vez expresó, herido por la insistencia de algunos de sus críticos: "¿De modo que por ser mexicano tengo que desentenderme de lo demás? Al contrario: a México le conviene que se oiga su voz en todas partes. ¡Lástima que yo todavía no sepa chino y desespere de poder aprender el ruso, el japonés y el malayo! Otra vez vuelvo a preguntarme con qué patrón me miden, o a qué tipo de monstruosidad abstracta quieren que yo ajuste mi naturaleza concreta de ser humano".

Con motivo del Segundo Centenario del Natalicio de Don Miguel Hidalgo y Costilla, la Universidad Michoacana otorgó a Don Alfonso el grado de Doctor Honoris Causa, como testimonio de admiración y en reconocimiento a su labor intelectual. La Casa de Estudios consideró que el ilustre hombre de letras se hallaba identificado con el espíritu humanista de Don Vasco de Quiroga y

del Padre de la Patria, recordando sus ideas acerca de la educación, como proceso que ha de realizarse teniendo presentes los problemas radicales del individuo y de la colectividad, sin descuidar la enseñanza profunda de las grandes obras de la cultura universal.

Alfonso Reyes insistió en la importancia que tiene la elevación de la capacidad cultural del pueblo, para que esté en condiciones de seleccionar con acierto a sus líderes y gobernantes. Sus esfuerzos en las universidades tuvieron el propósito de que éstas formaran profesionistas capaces, para evitar que continúe prevaleciendo la conducta de generaciones que fincan su sabiduría en la conservación y transmisión de lo que otras han producido, menospreciando la investigación y la inteligencia creadora.

En ocasión de su muerte, es oportuno repetir los conceptos de otro escritor mexicano:

"Fue un gran humanista, porque nada de lo grande ocurrido en su tiempo le era ajeno. Su sabiduría sólo igualaba a su modo incomparable de decir las cosas. Nunca dejó de sonreír, ni de ser tolerante. Con su corazón devastado, escribió hasta que la muerte le quitó la pluma de la mano y le cerró los ojos alegres y curiosos".

Alfonso Reyes,

Ejemplo para las Nuevas Generaciones*

EN esta hora de duelo para las letras patrias vengo a rendir un conmovido homenaje al insigne autor de tantas páginas prestigiosas, al poeta de "Huellas" y de "Ifigenia Cruel", al ensayista de "Visión de Anáhuac" y "El Cazador", "El Deslinde" y "Junta de Sombras", al narrador de "El Plan Oblicuo", al comentarista de Góngora y Mallarmé, de Gracián y Ruiz de Alarcón, de Sor Juana y Amado Nervo, al traductor de Chesterton y de Murray, al que cantaba a Homero en Cuernavaca y a México en todas partes, al que describió —en conferencias incomparables— la epopeya moral de la Grecia clásica, al que dedicó cada hora del día, cada día del mes, cada mes del año y todos los años de su tarea, desde el umbral de la juventud, a una generosa misión de la inteligencia: ampliar y ahondar el sentido humano de la cultura, difundiéndola con intrépida convicción y esforzándose por lograr —según sus discípulos lo atestiguan— ese dominio esencial de su propio ser y de su expresión que lo califica como a un maestro entre los maestros, mexicano de ánimo universal.

Pasma, en la existencia de Alfonso Reyes, la fidelidad estoica a la vocación. Nada lo interrumpió en su denodado ascenso hacia las cumbres más altas y más difíciles. Vivió impulsado incesantemente por una gran voluntad de luz. Señor de las transparencias, sus libros son un modelo de sonrisa y de claridad. Quien sonrío, sabe lo que perdona. Y,

como lo afirmó con palabras inmarcesibles Alfonso Reyes, cuando "el hombre sonrío, entonces funda la civilización y empieza la historia".

Esta sonrisa y aquella luz fueron sus armas espléndidas de humanista. Comprendió cuanto conoció y amó cuanto quiso comprender. Positiva lección para las nuevas generaciones la de este prócer de la literatura que no mezcló jamás el menor veneno a la miel de la madurez y que supo cumplidamente cómo en el ánfora de la prosa, o del verso mejor pulido, sólo debe escanciarse lo más puro de la experiencia y lo más genuino del corazón.

Hombre de alma efusiva y de diáfano entendimiento, advirtió como pocos las responsabilidades de la sabiduría y tendió sin cesar una mano amiga a los que llegaban, deseosos de patrocinio y ávidos de consejo. Guía de los jóvenes, su vida fue una cátedra permanente y, con autoridad singular, amena y característica, una exhortación de honradez para todos los que procuran reducir lo inefable, manifestándolo.

En un mundo que parece recelar del espíritu oscuramente, él exaltó sobre todo la necesidad de acatar los valores auténticos del espíritu. Por eso, en un párrafo inolvidable, declaró alguna vez que el pecado mayor de la inteligencia contemporánea es, acaso, su desconfianza para la poesía. Creo no traicionarlo al asegurar que la poesía, entendida en ese supremo alcance, no está sólo en los

libros, sino en los actos, pues —además de una fórmula de belleza— implica una ley de verdad y de amor al bien.

Esperemos que un día llegue en que la conducta de los hombres y de los pueblos dé razón a nuestro gran desaparecido, siempre vivo y presente para nosotros, al maestro que por sí solo puebla un capítulo noble e intenso de las letras de la República. A las técnicas necesarias del poder sobre la naturaleza, ha de regirlas al fin, por efecto de la conciencia, ese equilibrio eficaz de la sensibilidad y del pensamiento; es decir, ese orden de la cultura al que Reyes íntegramente se consagró.

El señor Presidente López Mateos ha querido señalar al país las virtudes de este escritor ejemplar, escogiendo para su tumba uno de los lugares más respetables de México, la Rotonda de los Hombres Ilustres, donde yacen, bajo la protección de la tierra materna, algunos de los mexicanos más dignos de remembranza, de honor y de admiración.

Al inclinarme ante sus restos mortales con respeto y con emoción, expreso el voto de que, en la vida de sus lectores, sigan triunfando la gracia humana, la ecuanimidad, el perdón y la luz que enaltecieron constantemente la enseñanza armoniosa y profunda de Alfonso Reyes.

* Oración fúnebre pronunciada por el Dr. Jaime Torres Bodet, Secretario de Educación Pública, ante la tumba de Alfonso Reyes.

Adiós a Alfonso Reyes

Por Ignacio Chávez.

PARA acercarme a esta fosa y decir unas palabras de adiós a Alfonso Reyes debo hacer un esfuerzo doloroso. Tengo miedo de que la emoción me venza. Apenas hace un día que recogí sus últimas palabras y le cerré los ojos; calladamente, con una voz húmeda y sin palabras, me despedí de él. Y aquí estoy, sin embargo, para volver a despedirme, esta vez a nombre del Colegio Nacional, que se ha quedado huérfano de su presencia.

El año ha sido terrible para nosotros. Cuando aún no se apagaban los pasos de dos de los nuestros que se fueron, de Diego Rivera y Manuel Toussaint, miramos con angustia la partida de Samuel Ramos y después la de José Vasconcelos. Hoy es la de Alfonso Reyes. ¡Qué castigo se abate sobre México, que en algo más de un año pierde a cinco de sus hijos mejores!

Esta muerte de hoy nos deja en desamparo. Por sobre la admiración que teníamos por Alfonso Reyes había el hecho de que todos lo amábamos. Nunca un hombre reunió mayor don de simpatía ni se amasó una figura de mayor calidad humana. Y junto a esos dones estaba el otro, el de la radiación de una inteligencia superior. En el Colegio Nacional unos representan la historia, otros la filosofía y otros más, alguna disciplina artística o científica. Alfonso Reyes las representaba todas, como el ejemplo vivo de la universalidad en el talento y en la cultura. En él no sabría decirse qué predominaba, si el poeta o el ensayista, si el crítico o el científico. El científico también, aunque parezca extraño, porque nadie logró mejor que él sistematizar sus conocimientos y forjarse una recia disciplina mental e investigar en su campo con tanto rigor como un hombre de ciencia.

Más que un hombre culto parecía la cultura misma. Y hoy se ha ido: ¿quién lo sustituirá? En nuestro tiempo, ninguno, porque estos hombres prodigio sólo vienen de tarde en tarde, de siglo en siglo, y las épocas ya no son propicias para la larga y penosa formación de un hombre hasta encarnar la sabiduría de su tiempo.

Hoy que la muerte acaba con los últimos regateos de la incompreensión o de la envidia, el país en-

tero se dará cuenta del hombre que ha perdido; del escritor que supo juntar la hondura con la claridad y la belleza con la gracia; del que atacó todos los problemas, porque le interesaba todo cuanto fuese humano; del mexicano que siendo profundamente nacional, se movió en el mundo de las ideas con el señorío de un hombre universal.

“Pueblo me soy —decía— como buen americano; a falta de líneas patrimoniales me siento heredero universal. Mi casa es la tierra”.

Por esta su anchura de visión lo atacaron los miopes, suponiéndole poco arraigo a la tierra nuestra. Su respuesta es una lección que debiera grabarse en la puerta de nuestras universidades: “¿Qué tendremos los mexicanos que no podamos ir a donde todos los pueblos van? ¿Quién nos impide ahondar en el común patrimonio del espíritu con el mismo señorío que los demás?... No y mil veces no; nada puede sernos ajeno sino lo que ignoramos. La única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo”.

Era un hombre de sensibilidad exquisita; sufría hasta la tortura con la grosera incompreensión y con la mezquindad envenenada, como sufrió desde joven el desajuste de un mundo donde los suyos, a los que amaba profundamente, chocaban con el nuevo orden que se estaba gestando y que él admitía. Sufría de ese veneno inoculado; pero como en la parábola de Nietzsche, de ese veneno hizo su bálsamo. Su espíritu se impregnó de comprensión, de suavidad, de simpatía. Al impacto prefería responder, como él dijo de sus antepasados, “como buen pedernal, que no suelta astillas sino destellos”. Por eso en su vida y en su obra dominó la sonrisa.

“Cuando el hombre sonríe —escribió— funda la civilización y empieza la historia”.

Su espíritu, en el fondo, guardó siempre la alegría de un niño; ávido, primero, de aprenderlo todo, después, de paladearlo todo. La amargura que vendrá más tarde la amasará con su alegría innata para hacerla humor en su pluma, ingenio y gracia, que son unos de los encantos mayores de su estilo.

(Pasa a la Pág. 21)

recho público general" y que en sus: "Reflexiones sobre los decretos episcopales que prohíben el juramento de la Constitución" (1857), polemiza razonada y triunfalmente defendiendo la ley constitucional del mismo año y desde el punto de vista del derecho canónico, con los señores Ramón Camacho y José Guadalupe Romero, miembros del cabildo eclesiástico de Michoacán.

Fértil y plena de heroísmo fue la larga y tenaz lucha de los liberales michoacanos por el triunfo de la democracia y la libertad, en el curso de aquella etapa dramática y agitada de la historia nacional.

Con acento emocionado y reconocimiento profundo, evocamos las figuras gloriosas de aquellos entusiastas y generosos campeones del programa reformista que alcanzó en el país definitiva vigencia en 1867, al consumarse el triunfo completo del partido liberal de la República. Al presentar a los ojos del mexicano de hoy, la imagen espléndida de Melchor Ocampo y de la constelación de próceres del liberalismo michoacano, recordamos —para concluir—, las palabras que el mismo Ocampo inscribió en célebre manifiesto al referirse a Juárez y a los reformadores de 1859: "...esos hombres deseaban el bien de su patria e hicieron cuanto les fue posible para obtenerlo".

Adiós a Alfonso Reyes. . .

(Viene de la Pág. 5)

Fue el ejemplo más vivo de una vocación hecha llamado irresistible. Alfonso Reyes se consagró totalmente a su tarea, sintiendo el goce fáustico de su labor creadora y hasta el día de su muerte no dio tregua a su pluma.

Como un hombre enamorado de la vida tenía el horror del sufrimiento y la angustia de morir. Pero su fina elegancia espiritual, como una forma de pudor, no le permitía exhibirlo. Y pocos hombres vi con más serena actitud a la hora del peligro; nunca una pregunta indiscreta, nunca una duda medrosa.

Sabía bien lo incierto de su futuro; sabía que

su corazón, "pobre jarrito rajado", como él decía, a cada nuevo ataque pendía de un hilo cada vez más sutil y sin embargo, seguía en su trabajo febrilmente, gozosamente, jugando carreras con el destino. Pero no se engañaba. Al despedir con lágrimas a González Martínez traicionó su secreto cuando dijo:

"...que se adelgaza el muro y ya por transparencia se ve la eternidad".

Hoy llegó a su final y entra al descanso y a la paz. A nosotros nos deja el valor de su ejemplo y de su obra. Para el dolor de su partida, nos queda su sonrisa. Con la voz que se rompe, despedimos al hermano que se va.

Realizaciones y Proyectos de la Universidad. . .

(Viene de la Pág. 8)

el trabajo preparatorio, necesariamente colectivo, que realicemos para la expedición de la nueva Ley Orgánica por el Poder Público, no debe haber precipitación, demagogia ni oportunismo.

No solamente debe fijarse plazo a la gestión de los funcionarios. Es también preciso que la Ley establezca que los cargos de Rector y de los profesores, a partir de cierto número de horas de clase, son incompatibles con cualquiera otra actividad no científica o que pueda perjudicar su trabajo en la Universidad. Es necesario señalar un mínimo de horas de trabajo diario a los directores y jefes de departamento. Es conveniente estudiar a fondo, a la luz de la experiencia lograda, la forma de la participación suficiente e indispensable de los maestros en los Consejos de Escuela y en el Consejo Universitario; así como su organización en las Academias de Profesores, que ya han comenzado a funcionar. Para evitar los errores en que hemos incurrido, debemos

insistir en que toda legislación educativa debe tener una base pedagógica y un criterio filosófico perfectamente claro; porque los jóvenes tienen derecho a una buena educación, a la ayuda económica dentro de las posibilidades del Estado, y a ser organizados para garantizar su buena formación, criterio que debe presidir también su participación en los consejos directivos.

Pero todavía más importantes que las normas jurídicas, es que los maestros, sin excepción, seamos conscientes de que constituimos la columna vertebral de la Universidad; y que por esto mismo nos incumbe la mayor responsabilidad académica, que es formar a la juventud intelectual que estudia en Michoacán para que esté a la altura, en el presente y en el futuro, de nuestra tradición cultural, del ejemplo glorioso dado por quienes nos precedieron, y de las necesidades que surgen del desarrollo general de la gran patria mexicana.